

Truth and Lie in International and in Interpersonal Relations

Sumario

La verdad y la mentira en las relaciones internacionales; predicciones; justificaciones; la verdad y la mentira en las relaciones interpersonales; argumentos empíricos; argumentos éticos; conclusiones.

Resumen

En este ensayo discuto el efecto que han tenido las filtraciones realizadas por WikiLeaks en las relaciones internacionales y en las relaciones interpersonales. Sostengo que Wikileaks motivará a muchos a continuar con la práctica de tales filtraciones y que esa motivación proviene de la justificación de esa práctica en dos conjuntos de valores: la ética del hacker y los valores democráticos. También afirmo que el efecto de esas filtraciones puede causar un impacto profundo en la esfera de la cultura puesto que la evaluación de la conducta de los estadistas se realiza usualmente mediante de analogías basadas en la experiencia interpersonal. Luego de presentar argumentos en favor de decir la verdad en las relaciones personales, concluyo destacando la forma como se engranan varios tipos de argumentos.

Palabras Claves: WikiLeaks, transparencia, verdad, mentira, relaciones internacionales, relaciones interpersonales

Abstract

In this essay, I discuss the effect that the leaks carried out by WikiLeaks will have over two different spheres: international relations and interpersonal relations. I hold that WikiLeaks will motivate many people to continue the practice of leaking documents and that such a motivation is rooted in two sets of values that provide that practice with justification: the hacker ethic and the democratic values. I also claim that the effect of those leaks may have a deep impact in the cultural sphere for the evaluation of statesmen's behavior is usually carried out through analogies based on personal experiences. After presenting arguments in favor of telling the truth in the sphere of interpersonal relations, I conclude highlighting the interlocking of various types of arguments.

Keywords: WikiLeaks, transparency, truth, lies, international relations, interpersonal relations

Artículo: Recibido en mayo 26 de 2011 y aprobado en septiembre 19 de 2011.

Juan Gabriel Gómez Albarello. Doctor y Magíster en Ciencia Política (Washington University in San Luois); Abogado (Universidad Externado de Colombia). Profesor asistente Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional en Bogotá, Colombia.

Correo electrónico: jggomeza@unal.edu.co

De la verdad y la mentira en las relaciones internacionales y en las relaciones interpersonales

Juan Gabriel Gómez Albarello

A casi todos nos han escandalizado las revelaciones de la diplomacia mundial que gracias a *WikiLeaks* los periódicos han publicado desde la última semana de noviembre de 2010. Aunque todavía es muy temprano para considerar todas las implicaciones de este fenómeno, ya va siendo hora de comenzar a sopesar el significado que ha tenido esta avalancha de información. Lo decisivo, a mi juicio, tiene que ver con el puesto de la verdad y la mentira en las relaciones internacionales y, también, en las relaciones personales.

La verdad y la mentira en las relaciones internacionales

Comenzaré por lo primero. La justificación de la duplicidad y del engaño en las relaciones internacionales tiene una larga historia. En relación con este asunto, *El Príncipe*, de Nicolás Maquiavelo, es una referencia obligada. Desde entonces, la prudencia de los gobernantes, su sagacidad, incluso su sabiduría, está asociada con la capacidad de mentir. Un príncipe no puede ni debe actuar de buena fe, enseña el florentino, si hacerlo le causare perjuicio a su reino y sí mismo.

Maquiavelo no fue, empero, un defensor a ultranza de la mentira. En su tan vilipendiada obra, el consejero del príncipe afirma que actuar con arreglo al derecho es propio de los hombres, mientras que hacerlo con arreglo a la fuerza es propio de las bestias. Sin embargo, si hay hombres que se comportan como lobos y enemigos que tienden trampas, el príncipe debe actuar como un león y como un zorro. En la tradición de la Europa Occidental abundan las referencias a este principio. La *raison d'État* del cardenal Richelieu, así como la *Realpolitik* del canciller Bismarck, pueden ser consideradas como sus más exaltadas encarnaciones.

Woodrow Wilson siempre miró con desprecio esta tradición. Él fue el presidente estadounidense quien creyó que al final de la Primera Guerra Mundial se podían sentar las bases para una cooperación internacional duradera. En su opinión, las negociaciones y alianzas secretas entre Estados deberían ser reemplazadas por una asociación de gobiernos democráticos que, sometida al escrutinio de la opinión pública, velara por la seguridad y la paz de las naciones. A su propuesta, bien lo sabemos, le faltó una concreción adecuada. Parte del problema tenía que ver, justamente, con la ausencia de los medios adecuados para que la opinión pública cumpliera el papel que él creía que podía llevar a cabo.

WikiLeaks ha modificado radicalmente esta situación. El uso sistemático de las filtraciones ha puesto a los gobiernos y a su diplomacia contra la palestra. *WikiLeaks* le ha dado a la opinión pública los medios para llamar a los gobiernos a rendir cuentas.

Predicciones

Muchos vemos este cambio con optimismo. Otros, no tanto. Un intelectual de la talla de Umberto Eco, por ejemplo, sostiene que el efecto *WikiLeaks* será finalmente

regresivo: para evadir la mirada inquisidora de los *hackers* y, finalmente, del público, “los diplomáticos tendrán que moverse discretamente en diligencias, de acuerdo con itinerarios incontrolables y llevar los mensajes secretos aprendidos de memoria o guardados en el talón de sus zapatos.” ¿Tiene razón Eco?

Como las suyas, mis predicciones están en el ámbito de lo “novelesco”. Siempre es difícil determinar cuál va a ser el curso que tomen las cosas en el futuro. Sin embargo, parte de lo que ocurra, por muy pequeña que sea esa parte, depende de lo que usted y yo consideremos que es apropiado, correcto, en las relaciones internacionales y en las relaciones interpersonales. De esa consideración se derivarán acciones tales como hacerle una donación a *WikiLeaks*, firmar una carta de apoyo a Julian Assange, condenar cualquier farsa o montaje judicial en su contra, etc., o hacer todo lo contrario: defender acérrimamente el secreto de Estado, así como justificar la duplicidad y el engaño. Todas estas acciones individuales, a su turno, tendrán un efecto en el comportamiento de los gobiernos. Así, pues, las discusiones acerca de la verdad y la mentira, y las decisiones que tomemos con base en esas discusiones, van a tener un impacto en lo que suceda de aquí en adelante. Con base en este juicio es que me atrevo a hacer predicciones, que pueden estar equivocadas, acerca del efecto *wikileaks*. Para reiterar lo dicho: eso dependerá de lo que usted y yo y muchos otros hagamos.

Es difícil creer que los gobiernos vayan a renunciar a los medios electrónicos de comunicación para transmitir mensajes acerca del ejercicio de su actividad diplomática. Lo que es probable es que el nivel de seguridad existente se incremente y de manera sustancial. Esto es, por ejemplo, lo que afirma uno de los detractores del proyecto *WikiLeaks*, George Packer, en su blog en *The New Yorker*. Según Packer, lo que va a hacer el Departamento de Estado de ahora en adelante es calificar de ultrasecreto lo que hasta entonces ha sido clasificado como secreto o meramente confidencial.

Sin embargo, Packer parece no querer darse cuenta del significado que han tenido estas filtraciones. Ellas han sido motivadas por la *ética del hacker*: un conjunto de valores centrados en la transparencia, el libre acceso al

conocimiento, la desconfianza respecto de la autoridad y la experiencia directa con los computadores para mejorar su funcionamiento y también el funcionamiento del mundo.

Los *hackers* y su ética son un fenómeno muy diferente de la imagen estereotipada que nos han vendido las sagas de Hollywood y también de Suecia. De acuerdo con esas sagas, los *hackers* son personas extraordinariamente diestras con los computadores, socialmente toscas, de estilo desarreglado o estafalario y, las más terribles, con la piel adornada (o desfigurada, todo depende del gusto) con tatuajes intimidantes. Lisbeth Salander, la heroína de la trilogía *Millenium*, sería el epítome del *hackerismo* (ella lo es, pero de otra figura: el *cracker*, el que rompe la seguridad de los sistemas para esculcarlos). Aunque la apariencia personal de algunos de los *hackers* fundadores se aproxima al estereotipo del *outsider* (Bill Gosper o Richard Stallman, por ejemplo), lo sustancial es que muchos de ellos, además de su destreza computacional, son visionarios, goceas, artistas, conversadores y personas comprometidas con mejorar la manera como nos relacionamos con los computadores y con el resto del mundo. Todos estos *hackers* han sido la vanguardia del movimiento del código abierto. Son los campeones del acceso libre y de la cooperación descentralizada, y también de la libertad de expresión. Ahora lo son de la demanda de rendición de cuentas a los gobiernos.

Creo no equivocarme al hacer la siguiente predicción: no importa que los gobiernos incrementen su seguridad, que encripten su información, que la hagan de más difícil acceso, los *hackers* seguirán lanzándose en avalancha contra los secretos y los engaños de los presidentes, ministros, gerentes, representantes legales de firmas y corporaciones, etc. La detención de Bradley Manning; la acusación contra Julian Assange; la denegación del servicio por parte de *Amazon*, de *MasterCard*, de *Visa* y de *PayPal*, todo eso lo único que ha logrado es darle a los *hackers* el sentido de una cruzada. Esto, en realidad, ya lo hemos visto.

Lo que está por verse, y lo que yo creo que vamos a ver, es que Daniel Ellsberg, el símbolo viviente de la denuncia de la duplicidad y del engaño, el *whistleblower*¹ por excelencia,

¹ La expresión *whistleblower* literalmente traduce del inglés “quien hace sonar el silbato”. Es la persona cuya pertenencia a una organización le permite tener acceso a información privilegiada y quien, luego de enterarse de actividades que perjudican al público, decide revelar esa información, usualmente, a medios de comunicación, con el fin de impedir que esas actividades se sigan realizando. En francés la expresión ha sido traducida como *lanceur d'alert* y en español como *alertador*, que será el vocablo que seguiré usando de aquí en adelante.



inspirará a más alertadores de la misma manera que un desobediente civil, Randy Kehler, lo inspiró a él. Julian Assange, quien ya se ha convertido en un ícono de la filtración y la denuncia, también será otra fuente de inspiración. ¿Por qué? Por una sencilla razón: es muy difícil desmontar la legitimidad, el aura de admiración y de respeto, el estatuto de modelo que debe ser imitado, que han logrado ganar los alertadores desde 1971 hasta ahora.

Desde la publicación de los “Documentos del Pentágono” hasta la fecha, los estados occidentales, nominalmente democráticos, nominalmente respetuosos de las libertades de sus ciudadanos, han erigido una serie de escudos institucionales para los alertadores. En Estados Unidos, en el Reino Unido, en Australia, etc., está en vigor una legislación que protege a los funcionarios del gobierno y a los empleados de las compañías privadas que hayan decidido denunciar la realización de actividades ilegales que afecten el bien común y el interés general.

Esta legislación tiene su correlato en el denodado esfuerzo hecho en muchos países democráticos por arreglar las cuentas con su pasado, en particular, con los actos perpetrados por los líderes y los agentes de regímenes tiránicos de toda índole. Hoy la memoria se ha convertido en un deber, uno que se fundamenta en el supuesto de que si los crímenes cometidos en el pasado son expuestos a la luz en una época de paz y de democracia, entonces los ciudadanos aprenderán a resistirse a su comisión y, a su turno, los líderes y agentes del Estado se abstendrán de incurrir en lo que podría acarrearles una condena política y también judicial.

El apoyo a los alertadores del pasado no hace más que reafirmar el valor que tiene la protección de los alertadores del presente. Es cierto que es menos dramático revelar lo que irá a parar en los archivos de la historia que en los archivos judiciales. Empero, la función que unos y otros buscan cumplir es, en lo que se refiere a los ciudadanos y al Estado, muy similar: unos y otros apelan al ejercicio de la capacidad cívica sin la cual no se puede mantener el civismo de las instituciones.

Tan importante como las garantías institucionales y como las justificaciones dadas a la búsqueda de la verdad del pasado y del presente son todas las narraciones, historias, novelas, películas, documentales en las cuales el alertador es el héroe o la heroína. A este conjunto hay que agregar todos los dramas en los cuales el

personaje central tiene que decidir si se queda callado o si, por el contrario, prosigue una investigación que le llevará a revelaciones muy incómodas e incluso peligrosas. Sin esta validación de la actividad del alertador en la esfera de la cultura, toda la legislación que lo protege sería letra muerta.

Voy a dar una lista muy incompleta de películas que sirven para ilustrar este punto: *Los tres días del cóndor* (1975); *Los hombres del presidente* (1976); *El síndrome de China* (1979); *Parque Gorky* (1983); *El jardinero fiel* (2005) y *El hombre más peligroso en los Estados Unidos: Daniel Ellsberg y los Documentos del Pentágono* (2009). Y, oh, afortunada coincidencia, en septiembre del 2010 fue estrenada en Toronto *The Whistleblower*, protagonizada por Rachel Weisz (la misma de *El jardinero fiel*): la historia de una antigua oficial de policía que trabaja como consultora en Bosnia y allí decide arriesgar su vida para denunciar una red de tráfico sexual que involucra a contratistas estadounidenses y de Naciones Unidas. ¿Qué va a hacer el establecimiento cinematográfico con esta cinta: esconderla, retirarla de circulación, opacarla, hacer que se desvanezca, como para que en la conciencia de la gente el tema de la denuncia de la iniquidad no sea objeto de conversación?

Puede ponerse en cuestión el tono conspirativo de mi pregunta. Sin embargo, todo indica que *el establecimiento* conspira para opacar a *WikiLeaks*. La prestigiosa revista de política internacional *Foreign Policy*, por ejemplo, incluyó en su lista de los 100 pensadores más influyentes en el mundo a gente tan insulsa y frívola como Thomas Friedman y Malcom Gladwell, pero Julian Assange no aparece por ninguna parte. La revista *Time* hizo lo mismo al elegir el personaje del año y también al presentar su lista de los 100 más destacados. Y eso que en un artículo publicado en enero del 2007 en la misma revista *Time*, Tracy Samantha Schmidt (“*A Wiki for Whistle-Blowers*”) dijo que *WikiLeaks* “podría convertirse en una herramienta periodística tan importante como la Ley de Libertad de Información.” ¿Tendrá éxito el establecimiento? Yo creo que no.

Aunque Joe Biden, vicepresidente de los Estados Unidos, diga que Julian Assange es un “terrorista de alta tecnología”; aunque a Bradley Manning lo presionen para que inculpe a Assange a cambio de quién sabe qué beneficios (esto es en lo que uno piensa al leer en *El País* que el Pentágono busca la prueba de que Assange incitó

a Manning a entregarle todo el material que ha sido filtrado); a pesar de todo esto, los *hacker-activistas* y los alertadores se están multiplicando en todas partes. Aunque difieren en algunos puntos, que para sus organizadores son esenciales, ya han aparecido varios grupos que comparten principios similares a los de *WikiLeaks*. Pronto vamos a oír de lo que haga *Openleaks*, creado por quien fuera el segundo a bordo de *WikiLeaks*; también vamos a oír de *BrusselsLeaks*, que se dedicará a sacarle los trapos al sol a la Unión Europea, la que sospecho es tres veces más hipócrita que el gobierno de los Estados Unidos; de *TradeLeaks*, que va a hacer en la esfera del comercio y de la economía lo que *WikiLeaks* ha hecho en la esfera de la política; de *balkanleaks*, que denunciará la corrupción en los Balcanes y, creada con un propósito similar, de *indoleaks*.

Justificaciones

¿Qué explica este boom de alertadores y de *hacker-activistas*? Simplemente, que haya personas que se tomen en serio los valores que profesan, convencidas como están, y con buenas razones, de que esos valores proporcionan una guía apropiada para la acción. En efecto, si el *hacker-activismo* es el corolario de la ética del *hacker*, el alertador es el corolario de los valores democráticos. Desde este punto de vista se comprende que *WikiLeaks* es simplemente el corolario de todo lo anterior: de la ética del *hacker* y de los valores democráticos. Pero, ¿hay buenas razones para creer que lo que ha hecho *WikiLeaks* está bien, que la guía que ha seguido es la correcta?

Antes de continuar, es conveniente hacer una precisión acerca del significado de la democracia. Para mucha gente, ésta se reduce a la realización de elecciones y a la regla de la mayoría. Aunque estos son elementos necesarios de la democracia, una definición que se limitara a ellos sería insuficiente. Democracia también significa toma de decisiones mediante una deliberación razonable y pública. Un elemento fundamental del credo democrático consiste en esta idea: si uno tiene que persuadir a otros en un debate público acerca de los méritos de su propuesta, ello conducirá a que uno haga propuestas que beneficien al público. El demócrata cree que lo opuesto también es cierto: si un gobierno toma decisiones en secreto, esas decisiones beneficiarán a cualquiera menos al público al

cual ese gobierno debe servir. Ese demócrata razona así: “Si un gobierno mantiene secretos acerca de una decisión, si recurre a la mentira, entonces se debe sospechar que la justificación de esa decisión es defectuosa por la sencilla razón de que no pasaría el examen del escrutinio público.” Para resumir: del credo democrático se desprende el principio “in dubio pro transparencia.” Traducido del mal latín al buen romance lo anterior quiere decir: “en la duda resuelve siempre a favor de la transparencia.”

El principio democrático, como cualquier otro principio, es una guía para la acción. Como sucede en cualquier otra área, en la política hay guías buenas y hay guías malas. A juzgar por lo que ocurrió con la guerra en Irak, el principio democrático de la transparencia es una guía muy buena. Si el gobierno de los Estados Unidos no hubiese recurrido a la duplicidad y al engaño para convencer al público estadounidense de apoyar esa guerra, ese desastre político y humanitario podría haberse evitado. Y, sin embargo, bien lo sabemos, amargamente lo sabemos, en vez de someter a la discusión pública el mérito de la decisión de atacar al régimen de Saddam Hussein, el gobierno de George W. Bush prefirió torcerle el cuello a los hechos y al derecho, y todo ello con pésimos resultados. La verdad, no sólo el gobierno de Bush. También el de Blair, el de Aznar, el del reelegido Álvaro Uribe y el de tantos otros que apoyaron esa guerra infame.

A juzgar por lo que ha ocurrido en Afganistán, y por lo que allí sigue ocurriendo todavía, la conclusión que hay que sacar es la misma: el principio democrático de la transparencia es una guía muy buena. Los “Diarios de la Guerra Afgana”, los diarios de las fuerzas estadounidenses filtrados por *WikiLeaks* en julio del año pasado, muestran un enorme desprecio por la vida de personas civiles que se encuentran en las zonas de conflicto: ataques indiscriminados en medio de plazas y bazares, bombardeos igualmente indiscriminados, así como otro conjunto de atrocidades que el inventario del horror dejará redondeados en una cifra. Y el resultado de todo ello es, desde el punto de vista político y militar, desastroso. Los talibanes están lejos de ser derrotados. El régimen apoyado por los gobiernos occidentales es corrupto; no tiene capacidad de enfrentar por sí solo a los insurgentes y no parece esforzarse mucho en desarrollar esa capacidad. En público no lo dicen, pero en privado la convicción de



algunos líderes europeos es que esa es una guerra que no va para ninguna parte.

Estas revelaciones han resultado tan embarazosas que el gobierno de los Estados Unidos ha lanzado una campaña para minimizar su significado y para desacreditar e intimidar a *WikiLeaks*. Un heraldo de la mentira, el coronel Oliver North, protagonista del escándalo Irán-Contras, ha hecho eco a las afirmaciones del Departamento de Estado según las cuales las revelaciones hechas por *WikiLeaks* comprometen la seguridad de los miembros del gobierno que luchan contra el terrorismo. Viniendo de la boca de North, uno debe sospechar de esta afirmación. Pero no sólo sospechar. Si uno revisa con cuidado la política seguida por los medios de comunicación que han revelado las filtraciones de *WikiLeaks* se dará cuenta de que es absolutamente falsa. Desde antes de hacer las revelaciones, los medios que administran el gota a gota del escándalo se comprometieron a no hacer pública la identidad de ninguna persona, si ello implicara poner su vida en peligro. El mismo Assange ya había hecho una declaración similar en julio del año pasado².

Otra estrategia seguida por el gobierno de los Estados Unidos ha sido la de banalizar el contenido de los cables que han sido filtrados. Esta estrategia ha sido efectiva. Entre los que mordieron el anzuelo está el mismísimo Umberto Eco, quien se atrevió a formular un juicio sobre el conjunto de las revelaciones con base en lo que los agentes diplomáticos de Estados Unidos decían de Berlusconi: que es un personaje a quien su temperamento de Casanova le disminuye sustancialmente su capacidad de liderazgo. Aunque esto es verdad, el problema de Eco es que cayó presa de lo que en lógica se conoce como la falacia de la generalización apresurada. Todos al razonar, desde luego, estamos expuestos a cometer errores, a incurrir en falacias. La de este intelectual italiano es, sin embargo, grave. Eco se quedó en los titulares y dejó pasar lo más

sustancioso de las revelaciones. Grave es también hacerle eco a su opinión apelando al argumento de autoridad: “lo dijo Eco.” (Una forma sutil pero no menos desafortunada de apelar al argumento de autoridad es afirmar que las revelaciones de *WikiLeaks* son inocuas y luego citarlo a él.)

Finalmente, la estrategia residual de ataque a *WikiLeaks* ha consistido en afirmar que las revelaciones han hecho que el trabajo de los diplomáticos sea mucho más difícil. En esto los gobiernos tienen toda la razón. Antes de *WikiLeaks*, los gobernantes le podían mentir al público descaradamente acerca de su política exterior. Por lo tanto, su trabajo era mucho más fácil: no había nada sustancial acerca de lo que tuvieran que rendir cuentas. Ahora la situación es radicalmente distinta.

Se puede intentar desvirtuar la justificación de las filtraciones sosteniendo que la política internacional funciona de forma totalmente opuesta al estilo cooperativo y descentralizado con el cual los *hackers* escriben programas de computador. En un ámbito fieramente competitivo como el de las relaciones entre los Estados, la proyección de la ética del *hacker* es un grave error: es entregarle las gallinas a los zorros y las ovejas a los lobos. Análogamente, se puede afirmar que la aplicación de los valores democráticos en la esfera internacional sencillamente ignora el diferente contexto en el cual esos valores han de regir. En la esfera doméstica o interior hay orden; en la esfera internacional hay anarquía. Dentro del Estado hay tribunales y policías que hacen cumplir la ley; con excepción de la propia fuerza, fuera del Estado no hay nada ni nadie a quien apelar. La democracia funciona porque hay Estado de derecho y, finalmente, porque hay Estado. En la esfera internacional, donde no hay un super-Estado que ponga orden entre los Estados, la democracia no puede funcionar.

Este argumento se basa en una descripción parcialmente errónea. Aunque es cierto que en la esfera internacional hay mucha competencia, no

² En relación con este punto, uno tiene que tomar nota del contraste que hay entre la actitud de *WikiLeaks* y de los medios, por un lado, y la del gobierno de George W. Bush y la de Barack Obama, por el otro.

Una agente encubierta de la CIA, Valerie Plame estuvo a cargo de investigar si Saddam Hussein tenía o no armas de destrucción masiva. Ella no encontró evidencia que apoyara la tesis del gobierno de Bush. Su marido, Joseph Wilson, quien había sido embajador, en el 2003 publicó un artículo en el *New York Times* en el cual cuestionó la manera como el gobierno de Bush había manipulado las pruebas con base en las cuales justificó la guerra contra Iraq. En represalia por su crítica, el vicepresidente Cheney le dijo a su asistente Lewis Libby que estaba autorizado para filtrar a la prensa la identidad de Plame, filtración que Libby llevó a cabo. La revelación de la identidad de Plame acabó con su carrera en la CIA.

Libby, sin embargo, fue acusado y finalmente condenado por estos hechos. Con base en la información recaudada en el juicio a Libby acerca del papel de Cheney y de otros miembros del gobierno de Bush, Joseph Wilson y Valerie Plame decidieron demandarlos por perjuicios. En primera y en segunda instancia, su demanda fue rechazada. En mayo de 2009, el departamento de Justicia del gobierno Obama se opuso a que la Corte Suprema de los Estados Unidos revisara esa decisión con el argumento de que Plame y Wilson no tenían legitimación en la causa, esto es, derecho a demandar.

Plame escribió un libro sobre todo este incidente: *Fair Game: My Life as a Spy, My Betrayal by the White House* [Juego Limpio: Mi vida como espía y mi traición por la Casa Blanca]. En noviembre de 2010 se estrenó la película basada en el libro y con el mismo título, protagonizada por Naomi Watts y Sean Penn.

es menos cierto que también hay mucha cooperación. Casi todas las economías del mundo dependen hoy de intercambios generalizados entre países. Sin los flujos de exportación e importación sencillamente no habría progreso económico. Esos flujos no existirían si no hubiese una red tupida de acuerdos y tratados, así como de organizaciones encargadas de velar por su cumplimiento. En otros campos, como el de los derechos humanos, ha venido ocurriendo un proceso similar. Uno de los más recientes desarrollos concierne a la posibilidad de que un tribunal internacional juzgue directamente a un individuo si los tribunales nacionales no cumplen su papel.

Es cierto que estas instituciones internacionales son apenas los rudimentos de un Estado de derecho mundial. Rusia violó descaradamente la soberanía de Georgia en el 2008; repetidamente, Israel desacata las resoluciones de Naciones Unidas que tienen que ver con el pueblo palestino, etc. Sin embargo, la sola posibilidad de poder gritar *foul* cada vez que ocurren esta clase de eventos, y de que a uno lo entiendan, solamente resulta comprensible si uno cree al mismo tiempo que hay una ley de las relaciones internacionales aplicable a todos los Estados.

La enorme desigualdad que hay entre los países impide que esa ley se les aplique a todos. Mientras siga existiendo esa desigualdad, y los Estados no tengan que pagar ningún costo por abusar de ella, será imposible que el sistema internacional funcione como un sistema democrático. Las filtraciones hechas por *WikiLeaks* buscan precisamente que los Estados tengan que rendir cuentas por los entuertos que cometen. *WikiLeaks* deriva de la ética del *hacker* y de los valores democráticos la inspiración para establecer un mínimo de igualdad y con ello un mínimo de democracia. A ningún Estado *WikiLeaks* le ha pedido que se despoje de su poder. Lo que ha hecho *WikiLeaks* es darnos a todos la información con la cual podemos demandar responsabilidad a los Estados y así obligarlos a actuar conforme al derecho internacional. Al hacerlo, *WikiLeaks* contribuye a la democratización del sistema interestatal. Si los Estados quedan expuestos a que sus entuertos se filtren, les resultará mucho más difícil abusar de su poder. Tendrán que entenderse de igual a igual. Por tanto, la toma de decisiones en la esfera internacional se hará no solamente más transparente. También se hará más democrática.

La verdad y la mentira en las relaciones interpersonales

Las filtraciones de *WikiLeaks* están llamadas a tener un efecto mucho más profundo, a pegar en el corazón de la cultura. ¿Por qué? Todas nuestras discusiones acerca de la política exterior y, en particular, acerca de la diplomacia, están coloreadas por nuestra experiencia personal. Aunque los Estados no son personas, quienes hacen su política exterior sí lo son. Para entender lo que hacen, para atribuirles sentido a sus acciones invariablemente recurrimos a analogías entre el manejo de los asuntos internacionales y el de los asuntos personales. Por tanto, tarde que temprano la discusión acerca del puesto de la verdad y la mentira desatada por *WikiLeaks* llegará al terreno de las relaciones interpersonales, si es que no ha llegado ya.

Empezaré por considerar la analogía preferida de algunos de los detractores de *WikiLeaks* (y, veladamente y acaso con mala conciencia, de la democracia). Se trata de una basada en el modelo patriarcal de las relaciones personales: el Estado es como una casa donde hay una cabeza de familia que ha asumido la responsabilidad de cuidar a sus integrantes. Como el cabeza de familia, el gobernante no puede ni tiene que explicar todo lo que hace por la sencilla razón de que quienes están bajo su cuidado no tienen la sabiduría que él tiene. Más aún, el gobernante debe recurrir a mentiras nobles si ello sirve a mantener el orden y la armonía dentro del Estado.

Ni Platón, quien elaboró este modelo, ni sus seguidores se tomaron el trabajo de articular una teoría de la diplomacia basada en esta premisa. Empero, una teoría de esa clase no sería difícil de formular: el gobernante debe mentir a los gobiernos de sus vecinos si ello contribuye a mantener el orden y la armonía en las relaciones internacionales y a preservar la buena voluntad de sus súbditos hacia su política exterior.

Este argumento a favor de las mentiras nobles ha fascinado a muchos desde entonces y todavía tiene adeptos. Sin embargo, la muerte de miles de personas de la población civil en Iraq y en Afganistán no tiene nada de noble; tampoco la realización de torturas contra personas acusadas de terrorismo ni la corrupción de los regímenes cuyos agentes cometen esas crímenes. Por tanto, es difícil creer que el elitismo platónico pudiera seguir haciendo carrera. Aunque



muchos ciudadanos se comporten políticamente como menores de edad, es difícil justificar que los gobiernos insistan en tratarlos como tales. El paternalismo político no tiene nada a nombre de lo cual pueda justificar ese trato.

Como ocurre en la esfera nacional e internacional, en la esfera cotidiana resulta difícil justificar las mentiras nobles del modelo patriarcal de las relaciones personales. Quien dice mentiras siempre estará expuesto a que la verdad salga a la luz. Cuando esa verdad sea expuesta, no solamente tendrá que explicar por qué ha dicho mentiras. También tendrá que justificar su actitud paternalista. Tendrá que enfrentarse al reclamo de que ha tratado a otras personas como si fueran menos dignas de consideración y de respeto que él (o ella). Por tanto, hay buenas razones para pensar que el paternalismo de las mentiras nobles crea más problemas de los que resuelve.

A pesar de todo, en la vida cotidiana persisten numerosas justificaciones de la mentira. Mentiras piadosas, mentiras veniales, “mentiras blancas”: las mentiras que a un enfermo terminal le dicen sus parientes, las que un deudor le dice a un acreedor, las que un enamorado le dice a su enamorada (y viceversa), ilas que dice el poeta! “Así como uno dice mentiras, los gobiernos también tienen que hacerlo.” Tal es la sustancia del ataque oblicuo a las filtraciones de *WikiLeaks* y tal es también la reafirmación del papel de la mentira en las relaciones interpersonales. Y, sin embargo, a nadie se le ocurriría ir a una escuela primaria a enseñar a decir mentiras. Es difícil enseñar a niños y niñas a decir la verdad y luego explicarles que lo que se les ha enseñado no es cierto, por lo menos, no todo el tiempo. Sería difícil poder enseñarles a usar como guía el principio, “digan siempre la verdad... cuando sea conveniente.” Más fácil sería completar la cuadratura del círculo.

No obstante, todos por experiencia propia sabemos lo que es la pérdida de la inocencia. De diferentes situaciones en la vida hemos aprendido la lección según la cual el deber de decir la verdad no es incondicional. A la hora de contrapesar varios valores en juego, la verdad no siempre sale ganando.

Argumentos empíricos

Uno puede construir un argumento a favor del papel de la mentira en las relaciones interpersonales aludiendo al papel que ella juega en el proceso de construcción y afirmación de

una personalidad independiente. Si lo entiendo bien, consiste en afirmar que mentir a los progenitores o, por lo menos, no decirles la verdad, crea un ámbito propio, exclusivo, diferenciado del ámbito social del cual uno depende. De la seguridad del hogar uno hace lenta y dolorosamente el tránsito a la seguridad de la propia persona. Lo hace gracias a esa primera y fundamental transgresión. Gracias a esa inicial desgarradura, uno comienza a devenir individuo. El recuento de las tribulaciones del entonces niño Emil Sinclair, personaje central de la novela *Demian* de Hermann Hesse, teniéndoselas que ver con Franz Kromer, es uno de los mejores testimonios de este proceso.

De aquí uno puede pasar a una sociología de la información en la época contemporánea y sostener que la idea de una sociedad transparente es un mito, uno que encubre una utopía de control que acabará por destruir lo que queda de la autonomía de los individuos. Yo no conozco los pasos intermedios de este razonamiento. Sin embargo, me parece que su enconada conclusión acerca de una supuesta dictadura de la transparencia, de una tiranía de saberlo todo, ha de implicar algo así como un argumento en contra de decir siempre, o casi siempre, la verdad en las relaciones personales.

Yo creo que su proponente, Elisabeth Rudinesco, profesora de la Universidad de París VII, yerra y doblemente. Yerra en su extrapolación del psicoanálisis del ámbito del diván al ámbito político. Lo suyo padece del entusiasmo de los que creen que la solución a un problema da la clave para resolver todos los demás. A ella se le aplica el dicho, “cuando uno tiene un martillo, todos los problemas parecen clavos.” Yerra también en lo que implica su tesis: que la verdad en las relaciones personales puede ser más odiosa que el secreto y la mentira. Para sustentar esta afirmación, voy a presentar dos argumentos en favor de la verdad en las relaciones interpersonales.

El primer argumento proviene del trabajo de psicólogos sociales acerca de la manera como adherimos a creencias erróneas y de la forma como persistimos en adherirnos a ellas. En relación con esto último, esos psicólogos afirman que los dos mecanismos mediante los cuales persistimos en creer algo erróneo consisten en la proyección de un falso consenso y en la inadecuada retroalimentación que recibimos de los demás.

Esta es una descripción resumida de la operación de estos mecanismos. El punto de

partida es el hecho de que lo que otras personas consideran verdadero o correcto es una fuente muy importante de información acerca de la validez de nuestras creencias. Si hay un buen número de personas en nuestro círculo social que también adhieren a ellas, tenemos una razón o por lo menos una fuente de confort para creer que son válidas. Puede suceder que ese número se reduzca a uno. Lo importante es creer que haya al menos otra persona que crea lo mismo que uno cree. Si ello no fuera así, habría una buena razón para creer que uno delira o por lo menos un motivo para lanzarse al delirio megalomaniaco de creer que alguna vez la humanidad, la historia, etc., reconocerá que uno estaba en lo cierto. Ejemplos de esta megalomanía abundan. Entre los tantos nombres que se pueden mencionar, basten aquí los de Søren Kierkegaard, Friedrich Nietzsche, Fidel Castro y George W. Bush.

Una alternativa al delirio es creer, sin que uno se tome el trabajo de comprobarlo, que los demás comparten las mismas creencias que uno tiene. No se trata de una alternativa inocua. Tiene que ver con lo que podría denominarse la economía de la atención. Uno no se la puede pasar todo el tiempo indagando si lo que uno cree lo cree alguien más. Pero más que con esta economía cognitiva, la alternativa al delirio tiene que ver con la economía afectiva: con la inversión que uno hace en su propia capacidad para juzgar qué es verdadero y qué es correcto. Se trata, por así decirlo, de una inversión que se valoriza si uno supone que los demás hacen una estimación similar de los hechos y actos acerca de los cuales uno ha formulado un juicio o una opinión. En otras palabras, al imaginarme que los demás en sus apreciaciones están de acuerdo conmigo, refuerzo la buena opinión que tengo de mi capacidad para formarme una opinión. El acuerdo imaginado de los otros aparentemente le da mayor solidez a mi persona. Puesto que me basta imaginarme que otros creen lo mismo que yo creo, puedo ahorrarme el trabajo de someter a escrutinio mis propias creencias. De esta forma, creencias erróneas que no pasarían la prueba de una conversación inteligente o de una inspección cuidadosa hacen carrera en la conciencia personal como convicciones dignas de la mayor estima.

Este problema se ve agravado por lo que se denomina la inadecuada retroalimentación que recibimos de los demás. No solamente sucede que uno se ahorra las conversaciones

inteligentes donde podría poner sus creencias a prueba. Por razones diferentes, los demás también lo hacen con uno. En muchos casos, por ser amables, le hacen a uno este disfavor.

La causa de la inadecuada retroalimentación tiene que ver con cosas que se aprenden por propia experiencia. Si la solidez de una persona depende de la solidez de sus opiniones, contradecir cualquiera de éstas equivale a contradecir a la persona que las emite. Si además uno vive en una sociedad desigual con pocas oportunidades de movilidad social, contradecir a los superiores en status o condición puede resultar bastante costoso: carente de recursos para replicar, el destino del contradictor no es seguir abajo sino rodar por el despeñadero. Tan extendidos parecen ser estos fenómenos que en muchas culturas hay códigos de comunicación que prohíben la contradicción. Baste aquí con lavar algunos trapos al sol. A pesar de que la cultura científica de Occidente depende de que constantemente se pongan a prueba las opiniones de los científicos, las reglas de etiqueta que proscriben la contradicción en la vida cotidiana gozan de un increíble respeto.

Es posible que esto sea un atavismo de las guerras de religión que asolaron a Europa en los siglos XVI y XVII. La paz se logró mantener, al menos en parte, haciendo que cada uno se guardara para sí su credo. Sin embargo, con el paso del tiempo, las cosas tomaron un cariz muy diferente. En los Estados Unidos, la regla según la cual uno no debe discutir ni de política ni de religión en buena compañía es, entre otras cosas, el signo de la transformación del ciudadano en consumidor, de la reducción de los valores a preferencias que hay que agregar, no someter a discusión. Es también, desde luego, la marca de una prevalente tolerancia auto-represiva. La regla de cortesía mencionada anteriormente es apenas un eslabón en una cadena de preceptos de contenido similar, aplicables en varios ámbitos de la vida. “Una persona con tacto se guarda para sí sus propios prejuicios” o “uno no puede ir por ahí corrigiendo a otros” son principios del trato personal con las cuales se busca prevenir la contradicción y el conflicto, aun a costa de la verdad.

Aunque la razón que le asistía era la paz entre las confesiones, la aversión a la contradicción y al conflicto parece haber llegado a extremos embarazosos, si no ridículos. Hay gente que se muerde la lengua en las reuniones sociales para no decirle a quien tiene la



cremallera abierta que se la cierre o que se suene a quien tiene colgando un moco. Las anécdotas son triviales, pero como síntoma son reveladoras. Muchos son los que eluden tener que decir verdades incómodas. No sólo en Estados Unidos. En todas partes sucede lo mismo. La ansiedad que provoca pensar en decir verdades inconvenientes muchos la sofocan sofocando la verdad. Y así las cosas, el emperador todavía sigue andando en pelota.

De acuerdo con lo revelado en los telegramas del Departamento de Estado filtrados por *WikiLeaks* no es sólo el emperador. También lo hacen muchos primeros ministros, presidentes y sultanes. ¿Es legítima la extrapolación que aquí sugiero? ¿Puede uno pasar así no más del ámbito de las reuniones sociales al de la alta política? Sí, porque ni siquiera los funcionarios del alto gobierno escapan a la forma como se mantienen creencias erróneas en la vida cotidiana. Bajo la presión de tener que formular un curso de acción exitoso, un grupo de asesores y consejeros puede caer presa de lo que se denomina como "pensamiento de grupo": la tendencia a ejercer una fuerte censura sobre las propias dudas y aprehensiones acerca de un proyecto en aras de mantener un aparente consenso. Después de cada fiasco, hay quienes se dan golpes de pecho por no haber hecho sonar el silbato. No pudieron porque no quisieron asumir las consecuencias de pedir que las cosas se consideraran desde un punto de vista diferente de aquel que era prevalente en el grupo. Les pareció que eso sería tanto como poner en cuestión al grupo mismo.

Puede reconocerse pues que aquí opera el mismo mecanismo enunciado anteriormente: en el presente, es mejor ahorrarse el esfuerzo de cuestionar las opiniones de una persona que se tome ese cuestionamiento muy a pecho; en el futuro, ojalá que no pase nada grave y, si pasa, ya veremos. Y así las cosas, la vida social sigue su curso, arrastrando con ella los cuerpos de los ahogados y los de todas las ansiedades y las verdades sofocadas.

El psicólogo social Thomas Gilovich (1993) propone un contraste muy ilustrativo con esta situación: el de la honestidad brutal de los niños. Gilovich afirma que la infancia es la etapa de la vida en la cual recibimos la retroalimentación más informativa acerca de la manera como afectamos a los demás. Lo que se sigue de esta afirmación es que un buen número de los desastres de los que hemos sido testigos en nuestras relaciones interpersonales podrían

haberse evitado si hubiésemos sido tan sinceros como esos locos bajitos. Es preciso aclarar aquí que Gilovich no aboga, ni yo tampoco, por un retorno a la brutal honestidad infantil. Sin que lo formule así, su llamado es en favor de *la honestidad de una segunda inocencia*: de la que surge de la libertad de tratar nuestras opiniones y juicios meramente como juicios y opiniones, no como preciados tesoros ni mucho menos como partes integrales de nosotros mismos. Es un llamado también en favor de una honestidad refinada en el trato con los demás, elaborada y depurada en el duro aprendizaje acerca de la forma de decir las cosas, no en el de encubrirlas.

Argumentos éticos

El segundo argumento en favor de decir la verdad siempre, o casi siempre, proviene de la práctica de quienes meditan de acuerdo con el método de la tradición budista. En esta tradición, la meditación no puede dissociarse de la observancia en la vida diaria de varios preceptos básicos. Esos preceptos son el hablar correcto, el actuar correcto y la forma de vida correcta. En relación con el primero, la enseñanza budista se refiere a abstenerse de mentir, de difamar, así como del hablar irrespetuoso y frívolo. Quien quiere concentrar la mente y alcanzar la sabiduría no puede hacer progreso sustancial en el camino si se aparta de esos preceptos. Tal fue la enseñanza del Iluminado, Siddhartha Gautama (en *pali*, Siddhatha Gótama).

A primera vista, el precepto incluido en el *Noble Sendero Óctuple* no se diferencia en nada del octavo mandamiento incluido en las Tablas de la Ley que Yahvé, dios de Israel, entregó a Moisés. Una persona superior con autoridad ha establecido una prohibición que no debemos transgredir. Con el fin de asegurar su debida obediencia, debemos interiorizar esa prohibición. Debemos aprender la regla y ajustar a ella nuestras intenciones y nuestros actos. El mandamiento funciona de afuera hacia adentro. Lo que estaba afuera (en la enseñanza del Iluminado o en las Tablas de la Ley) debe ser puesto adentro (en la consciencia, en el espíritu).

Occidente está profundamente impregnado de este modo de ver la ética. La ética kantiana, por ejemplo, con toda su sofisticación filosófica acerca de la forma de fundamentar la validez de las reglas, acepta que la ética se refiere a eso: a reglas que uno establece y que debe interiorizar. La experiencia de quienes practican la

meditación de acuerdo con la tradición budista proporciona una aproximación distinta a la forma como vive quien lo hace de acuerdo con preceptos morales, incluido el relativo a la verdad y la mentira. Mentir no se concibe como una transgresión que implique un castigo ni como una falla para interiorizar una regla establecida por una autoridad externa. Mentir es meramente un obstáculo en el camino hacia la iluminación.

Mentir ofusca, confunde al receptor de la mentira. También a quien la emite. La energía empleada en llevar la doble contabilidad de la verdad y la mentira distrae la mente del logro de un estado de concentración y sabiduría en el cual se pueden romper las cadenas de la aversión, el apego y la ignorancia. De acuerdo con la enseñanza de Siddhata Gótama, estas son las causas del sufrimiento. Para saber cómo operan, uno tiene que mirar el funcionamiento de su mente en el espejo que es esa mente. Este espejo permanecerá empañado mientras más se aleje uno del estado de concentración que permite llevar a cabo ese proceso de auto-observación. Por tanto, es desde la propia experiencia interna de donde proviene la resolución de no mentir.

La definición de mentir a la que se refiere el precepto es bastante amplia. Incluye la información que descaradamente contradice la realidad y que conocemos también como falsedad; todas las mentiras veniales y piadosas; así como todas las florituras, exageraciones y demás referencias infladas con las cuales realzamos nuestra propia persona y todo aquello que consideramos parte de nosotros mismos (la familia, la empresa, el partido, la nación, etc.). Abstenerse de mentir es sencillamente reducir la cantidad de energía que se desperdicia en el logro de objetivos que no son menos vaporosos que la solidez de la propia persona.

Cerrados los ojos, en la tradición Theravada, o medioabiertos y fijos en un objeto exterior como una pared, en la tradición Chán o Zen, quien medita descubre que su mente es como un animal salvaje que está lejos de quietarse. A medida que su práctica progresa, alcanza el conocimiento de que aquello que uno llama uno mismo, y que uno supone dotado de gran estabilidad, es en realidad una cosa transitoria, pasajera. Quien obtiene esta comprensión mediante su propia experiencia y autoconocimiento comprende también que es vano lo que se obtiene al mentir y que, por ser pura distracción, también es vana la mentira.

Uno puede objetar que este argumento en favor de la verdad solamente tiene sentido para quienes buscan la iluminación. Para los demás, incluso para quienes cultivan su espíritu con métodos de higiene mental como los que preconiza el budismo pero que desestiman por extremos sus rigores, el precepto del hablar correcto requiere ser puesto entre paréntesis muchas veces. Empero, es difícil soslayar todo lo que alcanza a verse desde la perspectiva de quien medita: una vida social llena de ruido, de señales confusas y desorientadoras.

El argumento del budismo contra la mentira no es, de ningún modo, un alegato contra la ambigüedad. La vida es esencialmente ambigua. Todos los signos con base en los cuales tomamos decisiones requieren siempre ser interpretados. La univocidad no es cosa de este mundo. El nuestro no es solamente polifónico sino también extraordinariamente polisemántico. El argumento budista se refiere a otra cosa. Es una puesta en cuestión de los réditos que obtiene quien resuelve la ambigüedad de forma fraudulenta o pretenciosa. No es una recusación de la mera impostura. Más profundo aún, es el emplazamiento a quien ha ganado el mundo pero ha perdido su espíritu. *De te fabula narratur*. De ti es de quien habla la historia. Nuestra cultura fáustica que premia el inacabado progreso también premia el ocultamiento, si ello sirve para mostrarse como el mejor. Y, sin embargo, los gritos que acallan la verdad no se escuchan únicamente en el escenario. Su estridencia aturde incluso en los sótanos y en los camerinos.

Conclusiones

Aturdida quizá sea juzgada la forma de este escrito en el que se confunden las explicaciones con las justificaciones, las relaciones internacionales con las relaciones personales, los efectos sobre la política con los efectos sobre la conciencia de hacer sonar el silbato para que se escuche la verdad. Quizá todo se me perdone si lo formule todo en una forma lapidaria para que se comprenda mejor:

Las filtraciones en la vida pública – a la *WikiLeaks* – van a continuar.

Las filtraciones en la vida pública están justificadas moral y políticamente.

Si creemos que las filtraciones en la vida pública están justificadas moral y políticamente, entonces esas filtraciones van a continuar.



Se debe decir la verdad en las relaciones internacionales.

Se debe decir la verdad en las relaciones interpersonales.

Si creemos que se debe decir la verdad en las relaciones interpersonales, entonces estaremos más motivados a creer que se debe decir la verdad en las relaciones internacionales.

Si creemos que creemos que se debe decir la verdad en las relaciones internacionales, entonces estaremos más motivados a creer que se debe decir la verdad en las relaciones interpersonales.

Bibliografía

Eco, U. (2 de diciembre de 2010). "*Hackers Vengeurs et Espions en Diligence*." <http://www.liberation.fr/monde/01012305696-hackers-vengeurs-et-espions-en-diligence> Visitado por última vez el 25 de mayo de 2010.

Gilovich, T. (1993). *How We Know What Isn't So: The Fallibility of Human Reason in Everyday Life*. New York: Free Press.

Himanen, P. 2002. *La ética del hacker y el espíritu de la información*. Barcelona: Destino.

Maquiavelo, N. 1965. *Obras Políticas*. Buenos Aires: El Ateneo.

Packer, G. (29 de noviembre de 2010). "The Right to Secrecy." <http://www.newyorker.com/online/blogs/georgepacker/2010/11/the-right-to-secrecy.html> Visitado por última vez el 25 de mayo de 2010.

Raymond, E. (2000). "The on-line hacker Jargon File, version 4.2.2, 20 AUG 2000". <http://www.gutenberg.org/dirs/etext02/jarg422.h.htm> Visitado por última vez el 25 de mayo de 2010.

Reske, H. y Walter, K. (9 de diciembre de 2010). "Oliver North: WikiLeaks Disclosures Are Terrorism". <http://www.newsmax.com/InsideCover/Oliver-North-WikiLeaks-terrorism/2010/12/09/id/379463> Visitado por última vez el 25 de mayo de 2010.

Roudinescu, E. (2 de diciembre de 2010). "Wikileaks: La Dictature de la Transparence." <http://www.liberation.fr/monde/01012305697-wikileaks-la-dictature-de-la-transparence> Visitado por última vez el 25 de mayo de 2010.

Schmidt, T. S. (22 de enero de 2007). "A Wiki for Whistle-Blowers." <http://www.time.com/time/nation/article/0,8599,1581189,00.html> Visitado por última vez el 25 de mayo de 2010.

Platón. 1989. *La República*. Madrid: Alianza Editorial.